

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## UN INSTRUMENTO ANTICUADO

# LA DIPLOMACIA DEL TERROR

La diplomacia del terror, como ha llamado recientemente el «New York Times» a la forma de negociar la paz en el Vietnam que emplea la administración Nixon, consiste en simultanear las conversaciones secretas de París entre Kissinger y los enviados de Hanoi y continuar en forma brutal los bombardeos aéreos sobre la misma capital norteña. La propaganda científico-militar de esta «massacre» sistemática nos habla cada día de una nueva forma más refinada de destrucción y muerte. Las «bombas sabias» dirigidas por el rayo laser, buscan el objetivo con tanta exacta precisión que lo encuentran a pesar de las nubes, de la niebla, de la noche o del camuflaje. Una de estas bombas fue tan inteligente que eligió precisamente a la Embajada de Francia para explotar allí, destruir el edificio y quemar mortalmente a varios funcionarios, entre ellos el jefe de la misión. No es que yo crea que la calidad de las víctimas de una guerra califica más o menos su brutalidad o su salvajismo. «War is hell», dijo para siempre un gran soldado anglo-sajón. La guerra es, en efecto, un infierno por definición. La destrucción de la Embajada de París en Hanoi ha llamado escandalosamente la atención sobre la diplomacia del terror. Eso es todo. Pienso que si de Gaulle viviera y reinara todavía en Francia, la respuesta francesa hubiera sido durísima, espectacular y de consecuencias. Pompidou, menos antiamericano y además ligado directamente al esfuerzo secreto de paz no ha ido más allá de calificar de «deplorable» lo ocurrido, con objeto de no malograr la rendija de esperanza que las negociaciones dejan entrever.

Pero ¿hasta qué punto esas conversaciones son sinceras y hasta qué límite no son sino una gigantesca maniobra de propaganda electoral para quitar el viento de las velas del candidato Mac-Govern, en esta cuestión? Sería difícil decirlo. El enloquecimiento de los grandes «supporters» de Nixon ante la amenaza del candidato demócrata es buen motivo de reflexión. Nunca —desde los tiempos de Dewey frente a Truman— hubo un candidato tan seguro de su victoria como Richard Nixon en el momento presente. Tiene gigantescos medios financieros a su alcance, gran parte de ellos secretos; la enorme ventaja de la máquina federal del poder que ejerce; un resultado espectacular de viajes diplomáticos en su haber; un presupuesto de gasto público que representa un «record» en la historia de la administración norteamericana; la fidelidad del «complejo militar-económico» que denunciara Eisenhower hace doce años y que sirve ahora con rigor y eficacia a Nixon y el resultado favorable de todas y cada una de las encuestas de opinión que se realizan: Dos a uno; tres a uno; avalancha irresistible. Tales son los cómputos establecidos. Pero tiene sobre todo a su favor, la desaparición de Wallace, con el voto reaccionario del Sur, de la escena política. Y la probable suma de ese 20 por ciento de electores demócratas, pero racistas, en su dirección. Un cronista, se diría que a sueldo de la orquesta republicana,

ha rotulado su crónica para la prensa española con ese titular: «A McGovern no le votarán ni los pobres, ni los ricos; ni los obreros, ni los patronos; ni los judíos, ni los católicos; ni los jóvenes, ni los viejos...» Bien. Pues si es así ¿por qué los espionajes electrónicos, los fondos secretos, las campañas de difamación sistemáticas, las acusaciones de «traición» y de «pro-comunismo» y esa especie de crispada saña que se emplea para atacar a McGovern que no tiene, por lo que se ve, ningún partidario en los Estados Unidos?

Yo creo que el macgovernismo, más que una candidatura, es una sistemática revelación de la conciencia crítica de la sociedad americana que poco a poco trata de enfrentarse con el problema de su propio porvenir. La guerra del Vietnam, con su doloroso cortejo de víctimas y su imposible justificación moral, ha sido el aldabonazo que ha resonado en la vida política de los Estados Unidos mostrándole que algo no funciona debidamente en la coherencia interna y exterior del país. Los Estados Unidos han querido, desde Wilson y después desde Franklin Roosevelt, justificar sus acciones internacionales con un fundamento ético. Unas veces con la defensa del orden democrático, otra con el principio de autodeterminación libre de los pueblos, otras con la lucha contra el nazismo o contra los sistemas totalitarios. En la guerra del Vietnam, la suma de contradicciones es tal que desborda el vaso. Se dice que la lucha es para servir de valladar al comunismo que amenaza con dominar Asia, si la guerra se pierde. Pero Nixon viaja a Pekín y Moscú para negociar acuerdos con las dos grandes potencias del comunismo mundial. Y ¿cómo puede hacernos creer a nadie que el pequeño Vietnam del Norte es el verdadero foco de peligro subversivo para el contagio marxista? Habla la propaganda de que no se puede imponer a un país un sistema que no quiere. Pero ¿cómo es posible saber si el llamado Vietnam del Sur acepta mayoritariamente a sus gobernantes actuales?

Henry Kissinger sostiene, en medio de su pululante actividad, que lo que trata de conseguir es una fórmula «a lo Metternich», que permita estabilizar el equilibrio de las grandes potencias del mundo para una larga época. Pero ¿es esto posible con medios instrumentales que pertenecen a la diplomacia de antaño? Antes se hablaba de la «diplomacia de los cañoneros». Las grandes potencias hegemónicas enviaban sus buques de guerra a puertos neutrales, hostiles o colonizados para efectuar un gesto de amenaza que facilitara la tarea diplomática o preludiara las «expediciones de castigo». Todo eso pertenece al pasado. El desenlace de la guerra mundial última pareció en efecto dividir al mundo en dos hegemonías antagónicas —Estados Unidos y Rusia— con sus ideologías adversas, capitalismo y comunismo, y sus economías contrapuestas: libre iniciativa y economía centralizada. Pero el descubrimiento de la tecnología nuclear trajo consigo la noción de «aniquilamiento total del

adversario» que había de transformar hondamente las ecuaciones de poder.

La otra gran novedad consistió en que la tecnología nuclear no era —a partir de 1956— monopolística, sino compartida. Al advenir ese hecho, comenzó lenta pero firmemente un proceso de convencimiento paralelo de que una guerra nuclear era el aniquilamiento mutuo. A eso se ha llamado en el país de las siglas, MAD, es decir «mutual auto-destrucción», o destrucción mutua, con la irónica coincidencia de que esas tres letras también significan «loco» en habla inglesa. Este criterio «loco» se ha ido imponiendo al fin a estrategas y políticos con la irresistible fuerza de su realidad pavorosa. Y al no ser posible el enfrentamiento armado de las dos superpotencias por el riesgo del holocausto mutuo empieza a deteriorarse el concepto mismo de la guerra como instrumento bárbaro de resolver contradicciones entre los pueblos o en el interior de un país.

La no-guerra no lleva forzosamente a la paz porque las tensiones y presiones de toda clase subsisten y se agravan en nuestro mundo moderno. Pero ese clima latente de universal violencia, si bien esporádicamente toma la forma de una guerra —Suez, Vietnam, Yemen, Bangla-Desh, son ejemplos de esa clase de contiendas— tienen forzosamente alcance limitado por las propias superpotencias que impiden su extensión. Y mientras tanto, las negociaciones aparecen entre ellas como una necesidad histórica de los grandes. Para limitar las armas; para respetar ciertos límites; para poner fin a la guerra fría de los bloques ideológicos.

Otra consecuencia de todo ello ha sido que el mundo se ha polarizado en distintos centros de poder que empezamos a adivinar. No son ya solamente Rusia, ni los Estados Unidos quienes impondrán hegemonías unilaterales, sino que China, Japón, la India, la Europa de la Comunidad, la Europa del Este, también elevarán su voz y afirmarán su presencia y personalidad en el próximo porvenir. El mundo se hará más complejo; más crítico. Y la negociación y el diálogo surgirán por doquier como una apremiante y necesaria urgencia.

Ante una perspectiva de esa naturaleza es claro y evidente que la guerra del Vietnam es, no solamente inmoral, sino anacrónica y ha de resolverse por la negociación política y en ningún caso por la vía militar, como desde sus comienzos advino la clarividencia del general de Gaulle.

La diplomacia del terror es tan anticuada como la diplomacia del cañonero. Pertenece ambas a la era pre-nuclear de la historia del mundo. Los cientos o los miles de víctimas —muchas de ellas no combatientes— que hayan de causar todavía los bombardeos aéreos del Vietnam, no añadirán un ápice ni al honor militar de los Estados Unidos, ni a la causa de la raza blanca, ni a la civilización llamada cristiana.

José María DE AREILZA

# FUGITIVOS EL RETORNO A LA TIERRA

CUANDO —y de eso hace ya bastantes años— comenzó a acelerarse lo que finalmente hemos convenido en llamar «el éxodo rural», no faltaron voces de alarma que denunciasen los riesgos del fenómeno. De momento, se trataba de advertencias cuyo cinismo sencillo y pragmático nadie pretendía disimular. Procedían, claro está, de intelectuales y políticos significativamente conservadores: ultraconservadores, diría. Y argumentaban —a su modo, desde luego— de manera razonable y previsora. De una parte, el campo se despoblaba, y lo que era peor, quedaba viciado por una inquietud nueva, de insatisfacción y de recelo: el espejo de la vida urbana, con sus ventajas increíbles. De otra, las ciudades se hinchaban con multitudes sin arraigo ni seguridad, fáciles al alboroto y hasta a la revuelta amenazadora. No estaba mal visto el asunto. Porque la cosa era así, y con el tiempo no hizo sino agravarse. Ciertamente, la situación de las áreas campesinas nunca dejó de padecer epidemias de rebeldía. Pero las aglomeraciones industriales resultaban mucho más peligrosas: su agresividad, más compleja, más consciente, más ardua de dominar. En el fondo, el panorama rústico seguía siendo preferible. E incluso admitía unos bellos adornos retróicos: las virtudes patriarcales, la paz georgica, la tradición...

La «ideología» en cuestión llevaba las de perder. Los grupos que la difundían, por muy fuertes que aún se sintieran, estaban en trance de jubilación histórica. Sus rivales —y al mismo nivel— se interesaban precisamente en el riesgo demográfico. Unos encarnaban o reflejaban el tinglado de las formas de producción —valga la fórmula— agropecuaria; los otros, el

impulso fabril, necesitado de mano de obra fluente y barata. El antagonismo, apenas velado por el denominador común de la «propiedad privada», se traduce en pocas escaramuzas políticas. Al provocarse la primera crisis sensible, surgió una consigna afectuosa: «el retorno a la tierra». El régimen del general Petain, por ejemplo, hizo hincapié en ella. Desde nuestro observatorio actual, uno no acaba de ver qué se pretendía con aquel eslogan. No somos capaces de imaginarnos una sociedad «re-ruralizada», mayoritariamente labriega. Más listos, los funcionarios de los Estados que dominaron la mesocracia armada optaron por propugnar una conciliación: algo como «la hermandad de la ciudad y el campo». La mesocracia, de base urbana, no desconocía —aunque temiese sus consecuencias— la necesidad del incremento industrial, y, en definitiva, del «éxodo rural»; pero le convenía el apoyo de una población agraria, dócil y rutinaria.

Todo ello quedó rebasado con la presencia avasalladora del Neocapitalismo y sus expansiones. El «campo» mismo se ve forzado a entrar en un planteamiento capitalista de su explotación. Añádase la eficacia de los «mass media», que inevitablemente tenían que alterar la placida inercia del impermeable paleta. A nadie se le ocurre ya predicar «el retorno a la tierra», y ni siquiera la «hermandad de la ciudad y el campo». La emigración a las «urbes» —grandes o medianas— se ha convertido en una evidencia total. A menudo, la emigración salta aduanas. Y el problema, en principio, parece aceptarse como una fatalidad... Hay que decirlo todo: el Neocapitalismo, hasta ahora, ha sabido

controlar la posible efervescencia insolente de las masas urbanas. Ha procurado mitigar la miseria cotidiana de la clase obrera: intenta reconvertir a la mesocracia hereditaria en un plantel de «cuadros» dinámicos y consumidores; mira de salvar de la ruina a los terratenientes, con lo que espera obtener su gratitud. Con un poco de habilidad, un poco de policía y un poco de televisión, por ejemplo, el Mercado Común va tirando. Y Norteamérica. Y lo que reste. Los residuos humanos de la campaña, acosados por la indigencia o seducidos por «las luces de la ciudad», abandonan sus pagos. Y todos contentos.

No todos, por supuesto. Sospecho que, en última instancia, todavía flotan en el aire muchos miasmas del Precapitalismo ideológico. Y pienso —malpensado que soy— que en la «polución del aire» se interfieren elementos que no siempre son propiamente físicos. Fomentando el miedo a la ignominia de la «atmósfera» —letal—, se matan muchos pájaros de un tiro: la venta de coches utilitarios y de chalets en las afueras, la euforia de las vacaciones pagadas, la excursión dominical, el deporte saludable, y todas esas cosas. Pero no se puede negar que la «atmósfera» de las grandes ciudades está muy sucia y fatigada. Y, a partir de esta constatación, el «retorno a la tierra» recobra posiciones. Ya no huele a la eterna olla «Ancien Régime», con berzas, tocino y un muslo de pollo. De tener algún aroma, será de caldos sintéticos. Lo que mantiene el nexo es la Ley Hipotecaria: lo relacionado con el Registro de la Propiedad Inmobiliaria. En cuanto una familia ha ahorrado unos duros, busca una primera in-

versión: fuera de la «ciudad». Naturalmente, el número de las familias que pueden permitirse ese lujo continúa siendo corto. Pero todo se andará. Unos adquieren un cajón titulado «apartamento»; otros, un retazo de espacio con una cabaña y unas plantas. Generalmente, para pasar el estío. Y el estío no es suficiente.

Hay personas cómodas y acomodadas que no abandonan la ciudad, por muy «policionada» que esté. Hay otras, sin fortuna y desafortunadas, que han de contentarse con el piso de barrio. Pero, entre unas y otras, se multiplica la clientela del reducto «extrarurbano», en propiedad o en arriendo: las zonas residenciales y los refugios de fin de semana. En estos lugares, los matrimonios y sus niños se reintegran a la Naturaleza: respiran como Dios manda, cazan mariposas, cultivan begonias o colocasias, buscan setas por los alrededores, y se sienten reconciliados con la vida. Los catálogos de editoriales abundan en libros que colaboran a las maniobras: textos que ayudan a conocer la diversidad de la pajarería, las razas de los caracoles o de los gusanos, la gloria dispersa de los árboles y los arbustos. Esto es importante: existe una clientela que «retorna al campo», aunque de modo muy diferente al que antaño se suponía. Para los fugitivos de la ciudad neocapitalista, el campo es como un «jardín botánico», en el peor sentido del término... El labratin remanente sirve de personaje para los chistes de los caricaturistas de capital. Es su destino. Cultiven trigo, arroz, naranjas o coles.

Joan FUSTER

**«UNIBLOC TREN»**

Tren de lavado de coches de 9 cepillos  
«FIVE-WASHES»  
PUENTES DE LAVADO DE 7.5 Y 3 CEPILLOS  
SECADO SEPARADO O INCORPORADO

**GAASA**

COMERCIAL ADOLFO ALVAREZ, S.A.  
Consejo de Ciento, 409  
Tel. 245 27 13  
Barcelona-9

APARCAMIENTO EN  
NUESTRO PROPIO LOCAL




**MAFI**

SU TRANSPORTE  
SOBRE RUEDAS  
Desde 10 Kilos  
a 500 Tons.

TRASPALETAS, ROLLPALETAS,  
CARRITOS, CARRETILOS PARA  
ALMACENES, CONTENEDORES  
ACERO

Pida información:

**MAFI ESPAÑOLA, S.A.**  
Oficina F.G.M.  
Riça, Valadouro - Muelle Nuevo  
Tel. 319 79 54 BARCELONA-3



**vylsa®**

le sustituimos  
su vidrio  
por una vylsa®

...es la única forma posible  
que le resuelve el problema  
de ventilar  
su comedor living

sin necesidad  
de abrir puertas, ventanas  
ni descorder cortinas o persianas

con un simple movimiento  
de los cristales deslizantes vylsa®  
Ud. graduará a voluntad  
la entrada y orientación del aire

Telefonée al  
**223 12 81**  
y sin compromiso alguno  
le informaremos de las ventajas,  
instalación y precio de VYLSA

**VENTILACION Y LUZ, S.A.**  
Avda. José Antonio, 292 - BARCELONA-4

